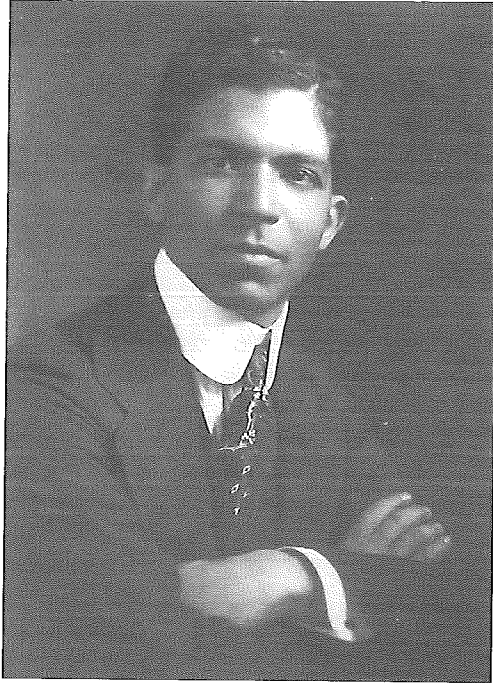


PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA



*Pedro Henríquez Ureña*

Historia cultural y literaria  
de la América hispánica

Edición de VICENTE CERVERA SALINAS

EDITORIAL  *Verbum*

ESTA OBRA HA SIDO PUBLICADA CON UNA SUBVENCIÓN DE LA  
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO,  
ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS DEL MINISTERIO DE CULTURA

© Editorial Verbum, S.L. 2007  
© del *Estudio Preliminar*; Vicente Cervera Salinas, 2007  
Eguilaz, 6-2º Dcha. 28010 Madrid  
Apartado Postal 10.084. 28080 Madrid  
Teléf.: 91 446 88 41 - Telefax: 91 594 45 59  
e-mail: [verbum@telefonica.net](mailto:verbum@telefonica.net)  
[www.verbumeditorial.com](http://www.verbumeditorial.com)  
I.S.B.N.: 978-84-7962-399-9  
Depósito Legal: M-21540-2007  
Diseño de la colección: Pérez Fabo  
Fotocomposición: Origen Gráfico, S.L.  
Printed in Spain / Impreso en España por  
Tecnología Gráfica, S.L.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

## II.

### EL DESCUBRIMIENTO Y LA COLONIZACIÓN DE AMÉRICA

La fecha de 1492 divide en dos partes la historia de España. En este año los Reyes Católicos, Isabel de Castilla y León (1451-1504) y Fernando de Aragón (1452-1516), que realizaron la unificación política del país, reconquistan la ciudad de Granada, y con ello desaparece el último baluarte de los moros, establecidos en la Península Ibérica durante cerca de ocho siglos (desde 711); expulsan a los judíos, y con ello desaparece el último vestigio de la tolerancia religiosa que había sido característica de la Edad Media española hasta cerca de 1400 (después, en 1609, se expulsa a los moriscos que conservaban la religión mahometana). Así termina el enlace con la cultura oriental, que había alcanzado admirable florecimiento en España, tanto la de los árabes como la de los judíos, en literatura, filosofía y ciencias, y la de los árabes, además, en arquitectura y artes industriales. En 1492, por último, Colón descubre, en misión de Castilla y León, el Nuevo Mundo.

La Edad Media había durado en España más que en Italia, pero a lo largo del siglo XV penetra en el territorio español la influencia de la otra gran península del Mediterráneo. El Renacimiento puede decirse que comienza cuando empiezan a gobernar los Reyes Católicos (1474). No hubo ruptura total con la Edad Media. Así, mientras en Francia se olvida la literatura medieval cuando se adoptan las formas del Renacimiento, en España la balada nacional, el romance, nunca deja de escribirse: hoy mismo sobrevive como cantar tradicional que repite el pueblo en España y en América, e igualmente los judíos que conservan el idioma castellano en los Balkanes y el norte de África; a la vez existe como forma que cultivan los poetas refinados, Leopoldo Lugones o Federico García Lorca, Fernández Moreno o Rafael Alberti.

Al periodo de los Reyes Católicos sucede el de Carlos V (V de Alemania y I de España), de 1516 a 1556, y al de Carlos V el de Felipe II, de 1556 a 1598. Con Carlos V, España se convierte en la primera

potencia de Europa. En los primeros años de su reinado hay actividad intelectual variada y libre; con gran interés en los problemas religiosos (es la época de las cálidas discusiones que suscita Erasmo), políticos (es la época en que Francisco de Vitoria y sus discípulos sientan principios fundamentales de derecho, entre ellos el de auto-determinación de las naciones), filosóficos (es la época de Luis Vives), científicos (la curiosidad se dirige especialmente hacia las matemáticas, la física y la biología), lingüísticos (Antonio de Nebrija había publicado en 1492 su gramática castellana, la primera gramática de idioma moderno escrita en Europa, y en 1493 su primer diccionario; Juan de Valdés escribió hacia 1535 su *Diálogo de la lengua*), literarios (comienzan entonces los llamados "Siglos de Oro") y artísticos (es época de gran arquitectura, y en la escultura florece Berruguete). Pero antes de terminar este reinado se pone fin a la libertad en la discusión de doctrinas religiosas, y el Concilio de Trento (1545-1563), en que dominaron los españoles, reglamenta las restricciones. Bajo Felipe II la filosofía es teológica y escolástica (pero escolástica renovada, desde Vitoria hasta Suárez en el siglo XVII), la investigación científica pura se abandona, y sólo se trabaja en ciencias de descripción o de aplicación, como la geografía, la botánica y la mineralogía; florecen la literatura, las artes plásticas (es la época del Greco) y la música (es la época en que Tomás Luis de Victoria, uno de los grandes compositores del mundo, compete con el italiano Palestrina).

En el siglo XVII, bajo los reyes Felipe III, de 1598 a 1621, y Felipe IV, de 1621 a 1665, España mantiene el esplendor de su literatura y de su arte: es la época de Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón, Quevedo, Góngora y Gracián, del gran teatro y la gran novela; la época de Velázquez, Ribera, Zurbarán y Murillo, en la pintura. En su vida económica, faltándole buena organización, decae, y políticamente cede ante la Francia de Luis XIV, desde la batalla de Rocroi (1643). Durante el reinado de Carlos II, de 1665 a 1700, el país sufre decadencia en todo; hasta la población disminuye.

En el siglo XVIII mejora la situación, principalmente bajo Carlos III de 1759 a 1788: este rey adopta muchas ideas del movimiento que se llamó de las *Luces* o de la *Ilustración*; pero España nunca recobra su esplendor antiguo.

Portugal tiene historia muy semejante a la de España, cuya suerte comparte en la historia antigua y medieval hasta que en el siglo XII se funda el reino; entonces, además, se les quita a los *moros* toda la zona desde Lisboa hasta el extremo sur. El reino quedó unido a España en 1580, pero recobró su independencia en 1640.

Los portugueses eran grandes navegantes desde el siglo XIV. En el XV exploran las costas de África y las islas vecinas; Vasco de Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza y llega hasta la India en 1498; Pedro Álvares Cabral descubre el Brasil en 1500; en 1519, Magallanes (Magalhães en portugués) emprende en nombre del rey Carlos de España el primer viaje de circunnavegación de la Tierra, y por su muerte (1521) lo termina su acompañante, el español Sebastián Elcano, en 1522. El imperio de Portugal, en el siglo XVI, sólo cede en extensión al de España: comprende el Brasil, tierras costeras del África, la India y la Indochina, islas del Océano Atlántico y del Índico.

La historia de la cultura portuguesa está ligada a la de la cultura española; en la literatura ha habido influencias mutuas; y así, mientras en los siglos XII y XIII era común que los castellanos compusiesen cantares en portugués, en el XVI y XVII los portugueses escribieron mucho en castellano, tanto verso como prosa. Su gran poeta nacional, Camoens, cantó en *Los Lusíadas* (1572) las proezas de Vasco de Gama. La arquitectura portuguesa tiene caracteres originales y los conserva en las remotas colonias de la India o del África, en las Azores y en Madeira, en el norte y en el sur del Brasil.

Descubierto el Nuevo Mundo en 1492, el primer intento de colonización se hizo al año siguiente, estableciéndose Colón, con unos mil quinientos hombres, en la isla que llamó Española: el cronista italiano Pedro Mártir de Anghiera la llamó luego en latín Hispaniola. Se fundan las primeras ciudades de tipo europeo: la primera fue la Isabela, en 1494, abandonada poco después; la segunda, y la más antigua de las que subsisten, es Santo Domingo, que, fundada por Bartolomé Colón en 1496, dio luego nombre a toda la isla. Para 1505 había en Hispaniola diez y siete poblaciones de tipo europeo, sin contar las fortalezas aisladas.

Durante quince años se emprenden muchas exploraciones, partiendo de Hispaniola, pero no se fundan pueblos ni ciudades. Sólo

desde 1508 se empieza a colonizar las otras tres Grandes Antillas: Puerto Rico (1508), Jamaica (1509), Cuba (1511), la costa septentrional de la América del Sur (territorios que ahora forman parte de Venezuela y Colombia) y de la América Central. Sobrevino luego la conquista de México (1519-1521), donde los españoles se establecen inmediatamente, y la de Guatemala (1524); después, la conquista del imperio de los Incas (1531-1533), abarcando territorios que ahora forman parte del Perú, el Ecuador y Bolivia. La conquista de Chile comienza en 1535; la de la región del Río de la Plata (territorios que hoy ocupan la Argentina, el Uruguay y el Paraguay), en 1534. La de Yucatán no se consuma hasta 1539-1542.

En el Brasil, después de la visita de Álvares Cabral, el primer contacto de establecimiento de los portugueses es en 1503. Durante muchos años la América les interesó poco; la corona y los exploradores dedicaban su atención principal a la India. Por fin el rey envió en 1530 la expedición de Martim Alfonso de Sousa, que hacia 1532 funda la primera población, San Vicente, y en 1534 divide el país en capitanías.

Los territorios que iba conquistando España se gobernaron al principio desde la ciudad de Santo Domingo, en Hispaniola, donde Diego Colón, hijo del Descubridor, ejerció funciones de virrey desde 1509 hasta 1526. Muerto él, la corona de España suprimió el virreinato general de las Indias; se dividió el Nuevo Mundo en jurisdicciones independientes entre sí, y las más importantes fueron los nuevos virreinos: el de Nueva España, con su capital en la ciudad de México, establecido en 1534, y el del Perú, con su capital en Lima, establecido en 1543. En el siglo XVIII se crearon dos virreinos nuevos: el de Santa Fe de Bogotá, en 1739, y el de Buenos Aires, en 1776.

Los españoles fundaron enorme número de poblaciones. Las principales: San Juan de Puerto Rico, 1508; Santiago de Cuba, 1514; La Habana, 1515; Veracruz, 1519; Panamá, 1519; Guatemala, 1524; León de Nicaragua, 1524; Granada de Nicaragua, 1524; San Salvador, 1525; Santa Marta, 1525; Coro, 1527; Puebla de los Ángeles, 1531; Cartagena de Indias, 1533; Guadalajara de México, 1533; Quito, 1534; Lima, 1535; Guayaquil, 1535; Buenos Aires, 1536 (fue abandonada y se restableció en 1580); la Asunción del Paraguay, 1537; Santa Fe de Bogotá, 1538; Charcas o Chuquisaca (llamada hoy Sucre), 1539; Santiago de Chile, 1541; Valladolid de Michoacán (ahora denominada Morelia), 1541; Mérida de Yucatán, 1542; Potosí, 1545; La Paz, 1549; Caracas, 1562

(abandonada poco después, restablecida en 1567); San Agustín, en La Florida, 1565 (es la más antigua ciudad de fundación europea en el territorio que ahora ocupan los Estados Unidos). Son tardías fundaciones importantes como la de Montevideo, 1722.

Ni la ciudad de México ni el Cuzco fueron fundadas por españoles; los conquistadores se limitaron a ocupar las capitales indias y gradualmente sustituyeron las construcciones de los nativos con edificios de tipo europeo; en el Cuzco conservaron a veces parte de la construcción antigua como base de la nueva.

Los portugueses, en el Brasil, después de San Vicente, fundan hacia 1534 la ciudad de Olinda, cerca de la cual surge después Recife de Pernambuco; en 1549, San Salvador de Bahía, destinada a capital de la colonia; en 1554 los jesuitas establecen el colegio de São Paulo, en torno del cual se forma la ciudad de su nombre; en 1567 se funda Río de Janeiro, en el sitio que Portugal quitó a los franceses, establecidos allí desde 1555. En 1717 se le da a la colonia nombre de virreinato; la capital es Bahía hasta 1763; la sustituye entonces Río de Janeiro.

Al establecerse los españoles y los portugueses en América, trajeron consigo la cultura europea: religión, organización social, sistema jurídico, artes, ciencias, agricultura, crianza de animales domésticos, industrias, comercio, vestimenta, diversiones, costumbres en general. Trataron de transmitir esta cultura a los indígenas, en mayor o menor medida, pero el empeño no pudo cumplirse de modo sistemático, como lo había cumplido Roma en sus conquistas europeas; la colosal magnitud del territorio lo impedía; grandes núcleos de población nativa quedaron fuera del alcance de la nueva cultura, unos porque se oponían a ello violentamente, como los araucanos en Chile y los apaches en México, otros porque vivían en zonas donde resultaba difícil penetrar. En consecuencia, hay todavía más de dos millones de indios que no hablan español ni portugués; hay, además, mucho mayor número de habitantes que hablan, junto con el portugués o el castellano, algún idioma nativo. Existen ciudades bilingües como el Cuzco, la Asunción y Mérida de Yucatán, donde se hablan, respectivamente, el quechua, el guaraní y el maya. Hasta en países como la Argentina, donde hay ya pocos indios puros, existen regiones bilingües, como Santiago del Estero (quechua), Corrientes y Misiones (guaraní). Sobreviven centenares de lenguas, desde las habladas por más de medio millón de personas, como el náhuatl (el idioma de los aztecas), el quechua, el aimara y el

guaraní, hasta los que sólo se hablan en grupos muy reducidos, como el tehuelche en Patagonia, el otomaco en Venezuela, el paya en Honduras, el huari y el karayá en el Brasil. El castellano y el portugués han recibido centenares de palabras de estas lenguas: unas están difundidas por el mundo entero, como *cacao* y *tabaco*, otras corren sólo en zonas limitadas. Además es interesante observar que los misioneros españoles y portugueses, después de aprender lenguas indígenas importantes para catequizar a los nativos, las extendían sobre territorios mayores que aquellos donde antes se hablaban: así ocurrió con el náhuatl de México, con el quechua y el guaraní.

La cultura que españoles y portugueses implantan en el Nuevo Mundo no podía, desde luego, mantenerse idéntica a su tipo de origen. Ante todo, el simple trasplante obligaba a los europeos a modificarla inconscientemente para adaptarla a nuevos suelos y nuevas condiciones de vida, exactamente como ocurrió en las colonias inglesas que dieron origen a los Estados Unidos. Además, las culturas indias ejercieron influencias muy variadas sobre los europeos trasplantados. La Conquista decapitó esas culturas nativas: hizo desaparecer la religión, las artes, la ciencia (donde la había), la escritura (entre los mayas y los aztecas); pero sobrevivieron muchas tradiciones locales en la vida cotidiana y doméstica. Hubo fusión de elementos europeos y elementos indígenas, que dura hasta nuestros días. La alimentación era, y es, europea en parte, en parte nativa. Los conquistadores y colonizadores trajeron del Viejo Mundo el trigo, el arroz, el café, la naranja, la manzana, la pera, el durazno o melocotón, el higo, la caña de azúcar, entre tantas otras plantas; trajeron el caballo, la vaca, el cerdo, el carnero, la gallina; importaron de África el banano, el ñame y la pintada o gallina de Guinea. Adoptaron de los aborígenes el maíz —que todavía no se emplea como alimento humano en muchos países de Europa—, la papa, la batata, el cacao, la yuca, el tomate, el maní, la enorme variedad de las frutas tropicales —desde el ananá o piña hasta la guayaba—, el pavo, la perdiz nativa, y con ellos recibieron los métodos culinarios de los indios. Así, junto al pan de trigo subsisten las tortas o tortillas de maíz en México, en la América Central y además en parte de Colombia, y el cazabe, hecho de yuca, en las Antillas. En muchos países la alimentación campesina de origen vegetal mantiene su base indígena: en México predominan el maíz, los frijoles, el chile o ají, el cacao y el maguey (de donde se saca el pulque),

con la adición extranjera del arroz y el café; en las Antillas, a pesar de que no hay ya indios puros, el maíz, los frijoles, el ají, el cacao, la yuca, la batata, con el ñame, el arroz y el café; en el Perú, el maíz, la yuca (allí denominada mandioca), la papa y el ulluco; en el Brasil, la yuca y el maíz. “La mandioca —dice el sociólogo pernambucano Gilberto Freyre— es el alimento fundamental del brasileño [en el campo], y la técnica de su elaboración permanece casi idéntica a la de los indígenas.” En la agricultura se han conservado, junto a las técnicas europeas, métodos indígenas como los cultivos en terrazas con muros de contención (*pircas*) en terrenos inclinados, y la fertilización de las tierras con el *guano*.

En las ciudades, mientras se construían casas, palacios, fortalezas, templos, a estilo de los países del Mediterráneo, se mantenía la choza nativa (la gran arquitectura desapareció), el rancho, el *bohío* (nombre de las Antillas), el *jacal* (nombre de México). Ahora estos edificios modestos están desterrados de las ciudades (donde a veces los ha sustituido una construcción muy inferior, de lámina de metal, comúnmente llamada zinc) y sólo subsisten en los pueblos pequeños y en los campos. De los materiales nativos de construcción, se emplean muchas clases de piedra, como el tezontle rojo oscuro y la chiluca gris clara de México, y muchas maderas, como la caoba y el jacarandá, hoy más frecuentes en muebles que en edificios.

Entre las industrias indígenas sobrevive el tejido, especialmente en ponchos y sarapes, el calzado (sandalias), las esteras, las hamacas, los cestos; igualmente la alfarería y la orfebrería, que mantienen toda su extraordinaria variedad, mezclando la tradición nativa con la europea.

La fusión de elementos europeos y elementos nativos alcanza a las artes plásticas (arquitectura, escultura, pintura), donde el indio, dirigido por maestros europeos, introdujo pormenores característicos que dan fisonomía peculiar a las obras. El fenómeno se ha estudiado detenidamente en la arquitectura. El poeta español y crítico de arte José Moreno Villa ha dado el nombre de *tequitqui* a estas formas de arte: *tequitqui* significa en náhuatl “vasallo”, como en árabe *mudéjar*, nombre que se dio al arte de los mahometanos que vivían entre los cristianos en España.

Esta fusión aparece también en el teatro. Cuando los misioneros organizaron representaciones dramáticas que ayudasen a instruir a los

indios en la doctrina cristiana, combinaron los recursos, no muy amplios, del teatro religioso medieval de Europa con los del teatro indígena. Así lo explica, por ejemplo, el P. Motolinía, quien probablemente dirigió la representación de unos autos, en Tlaxcala, en 1538. Las obras, además, se escribieron muy a menudo en lenguas nativas, desde California hasta la Argentina y el Paraguay. Y entre los indios se mantuvo, aunque de modo precario, el teatro propio, a su vez influido ahora por formas europeas: en el siglo XVIII produjo una obra muy interesante, *Ollantay*, escrita en quechua, en tres actos y en verso a la manera española de Lope y Calderón, pero de asunto anterior a la Conquista y con no pocas reminiscencias igualmente anteriores (*Ollantay* está traducido al castellano, al inglés, al francés, al alemán, al checo y hasta al latín). El teatro en lenguas indígenas se mantiene hasta hoy, especialmente en Yucatán y en el Paraguay.

## III.

## LA CULTURA COLONIAL

Apenas conquistaban una ciudad, o la fundaban, los españoles y portugueses establecían en ella las instituciones europeas: políticas, religiosas, educativas. La vida política tenía dos formas fundamentales: el gobierno en representación de la Corona, y los municipios autónomos. La vida religiosa comienza con la erección de templos; al poco tiempo se instalan conventos; el primero fue el de los frailes franciscanos en la ciudad de Santo Domingo, en 1502; le siguieron, allí mismo, el de los frailes dominicos, en 1510, y el de los mercedarios, en 1514; algún tiempo después, las órdenes femeninas. Y desde 1504 el Vaticano decidió erigir obispados. Los religiosos tuvieron papel muy importante en la vida colonial: además de difundir el cristianismo, defendieron al indio contra la explotación del encomendero (en esta defensa se distinguió la Orden de Santo Domingo), y, por lo menos al principio, organizaron y dirigieron la enseñanza. La Iglesia católica ha consagrado como santos, beatos o venerables, entre otros, al arzobispo Toribio Alfonso de Mogrovejo (1534-1606), al obispo Juan de Palafox (1600-1659), a Fray Francisco Solano (1549-1610), a Fray Luis Beltrán (1523-1581), al P. Pedro Claver (1580-1654), defensor de los esclavos, a la monja Rosa de Lima (1586-1617), al mexicano Fray Felipe de Jesús (1573-1597), mártir de la fe crucificado en el Japón y al mulato peruano Fray Martín de Porres (1569-1639), que estableció en Lima el primer orfanato y enseñó agricultura.

La enseñanza escolar comenzó temprano: desde 1505, en el colegio que fundó Fray Hernán Suárez en el convento de la Orden de San Francisco en la ciudad de Santo Domingo; después, además de los colegios conventuales, se establecieron institutos independientes. La enseñanza se destinaba tanto a los hijos de españoles como a los indígenas: desde 1513 hay disposiciones de la corona de España que mandan enseñar latín a indios escogidos en las Antillas. Los colegios para indios fue-



ron importantes en el Perú, y en México, donde se fundaron en 1523 el de San Francisco, bajo la dirección del fraile flamenco Pedro de Gante (allí se enseñaba religión, latín, música, pintura, escultura y oficios), y en 1536 el Colegio Imperial de Santa Cruz, para caciques, en la villa de Tlaltelolco, barrio ahora de la Ciudad capital (tuvo entre sus enseñanzas la de medicina indígena, que los europeos, con gran acierto, quisieron aprovechar y de hecho aprovecharon). Naturalmente, los colegios y escuelas se establecían en las ciudades; pero no se intentó extender la cultura intelectual a todos los habitantes: en la Europa del siglo XVI no se había implantado aún la enseñanza obligatoria para todos, y no se podía esperar que los europeos la impusieran en América. En las aldeas no había otra enseñanza que la de religión, a cargo de los sacerdotes, y a veces la de artes y oficios europeos. Dos ejemplos famosos hubo: el del obispo Vasco de Quiroga, que, inspirándose en la *Utopía* (1516) de Sir Thomas More, estableció poblaciones, en la región mexicana de Michoacán, cada una con su oficio distintivo (en parte se conservan todavía); el de los jesuitas en las Misiones del Paraguay y nordeste de la Argentina, donde establecieron una especie de sociedad colectivista, dando a los indios guaraníes reglas de vida, de trabajo, de arte y de juego: esta organización duró desde fines del siglo XVI hasta 1767, año en que la Compañía de Jesús fue expulsada de todos los territorios bajo dominio español.

Cuando los colegios se desarrollaban y crecían, aspiraban a convertirse en universidades. Antes de cumplirse medio siglo del descubrimiento, en 1538, el colegio de los frailes dominicos en la ciudad de Santo Domingo quedó autorizado a llamarse Universidad de Santo Tomás de Aquino; en 1540 se autorizó la creación de otra universidad allí, la de Santiago de la Paz, con bienes donados por el opulento colonizador Hernando de Gorjón, y le sirvió de base el colegio establecido muchos años antes por el obispo Sebastián Ramírez de Fuenleal. En 1551, la corona de España decidió fundar universidades en las capitales de los dos virreinos entonces existentes: una en México, otra en Lima; se inauguraron en 1553. La de Lima es hoy la más antigua entre las de América, cuya vida no ha conocido interrupción importante desde que se fundó, pues las de Santo Domingo y México sí la sufrieron. Después de las cuatro primeras se fundaron nuevas universidades. Salvo excepciones como la de México y la de Lima, eran colegios que recibían auto-

rización para asumir categoría universitaria y conferir títulos de doctor (y aun la de Lima fue, de 1553 a 1574, meramente colegio de los frailes dominicos); pero la autorización podía rescindirse, y de hecho se rescindió en ocasiones. Tuvieron la estructura de las universidades de la Edad Media, con cuatro facultades: artes (que confería grados de bachiller y de maestro), derecho, teología, medicina; no en todas partes se alcanzó a completar las cuatro. Los modelos generales eran Salamanca y Alcalá. El idioma obligatorio de las cátedras era el latín, excepto en medicina. En colonias donde abundaban los indios, como México, Guatemala y el Perú, estas instituciones ofrecían cursos de lenguas indígenas, como preparación para los estudiantes de teología que debían enseñar y predicar.

Contando todas las instituciones que tuvieron, o se atribuyeron, prerrogativas universitarias, aunque fuese por pocos años, se llega a veinte y seis (pero nunca coexistieron todas juntas, porque a veces se les revocaban las prerrogativas): dos en Hispaniola (ambas en la ciudad de Santo Domingo), una en Cuba (en La Habana), tres en México (una en la capital, una en Guadalajara, una en Mérida de Yucatán), una en Guatemala (en la capital), una en Nicaragua (en León), una en Panamá (en la capital), dos en Nueva Granada, la actual Colombia (ambas en Bogotá), dos en Venezuela (una en Caracas, una en Mérida), cuatro en el Ecuador (todas en Quito), cuatro en el Perú (una en Lima, dos en el Cuzco, una en Huamanga), una en el Alto Perú, la actual Bolivia (en Charcas), dos en Chile (ambas en Santiago), dos en la Argentina (ambas en Córdoba del Tucumán). Las de mayor importancia fueron: la de Santo Tomás de Aquino, en Santo Domingo, adonde acudieron durante tres siglos estudiantes de Cuba, Puerto Rico y Venezuela; la de México, que alcanzó a graduar más de mil cuatrocientos doctores; la de San Marcos, en Lima; la de San Carlos Borromeo, en Guatemala, fundada en 1676 mediante legado de Pedro Crespo Suárez; la de San Jerónimo, en La Habana, establecida en 1728; la de Santa Rosa, en Caracas, inaugurada en 1725; la de dominicos de Bogotá, fundada en el siglo XVII; la de San Gregorio Magno, de jesuitas, en Quito, en 1620; la de San Francisco Javier, de jesuitas, en Charcas, en 1624; la de San Ignacio de Loyola, de jesuitas, en Córdoba, en el siglo XVII.

Hubo, además, buen número de seminarios teológicos, que a veces se adelantaban a las universidades en la introducción de doctrinas filosóficas modernas, y en los últimos años de la era colonial se fundaron instituciones educativas de otra especie, como la Escuela de Minería, en México, en 1792, con catedráticos como los españoles Fausto de Elhúyar (1757-1833), descubridor del tungsteno, y Andrés del Río



(1765-1849), descubridor del vanadio, y el mexicano Antonio León y Gama (1735-1802). Contemporáneas de la Escuela de Minería son las Academias de Bellas Artes de México (1783), de Guatemala (1797) y de otras ciudades: en realidad, la enseñanza artística se había iniciado desde los primeros tiempos (según queda dicho), y hasta tuvo centros especiales en el siglo XVI, como el Colegio de San Andrés, para formar arquitectos, escultores y pintores, en Quito (1553). Y en el siglo XVIII se establecen las primeras bibliotecas públicas, el Jardín Botánico de México (1788), el Museo de Historia Natural y el Jardín Botánico de Guatemala (1796), el Observatorio Astronómico de Bogotá, la Escuela de Náutica de Buenos Aires (1799), fundada por Manuel Belgrano (1770-1820). Según Humboldt, que escribía a principios del siglo XIX, "ninguna ciudad del Nuevo Mundo, sin exceptuar las de los Estados Unidos, poseía establecimientos científicos tan grandes y sólidos como los de la capital mexicana" —ciudad que era entonces la de mayor población en las Américas (112 926 habitantes, frente a 96 000 de Nueva York; Potosí en el Alto Perú, había llegado a 114 000 en el siglo XVII, pero se despobló al agotarse las minas cercanas). Según Humboldt, además, no había en Europa biblioteca especial de botánica comparable a la del grupo de investigadores que dirigían Mutis y Caldas en Bogotá.

En el Brasil hubo colegios de estudios generales y seminarios teológicos. El colegio de los jesuitas en Bahía estuvo equiparado al de la Universidad portuguesa de Evora, hasta 1759, año en que la Compañía de Jesús fue desterrada de todos los territorios gobernados por la corona de Portugal. No se organizó ninguna universidad en el Brasil; los brasileños que deseaban adquirir títulos profesionales en medicina o en derecho tenían que trasladarse a Europa, generalmente a la Universidad de Coimbra. En el siglo XVIII se estableció el Gabinete de estudios de historia natural en Río de Janeiro (1784). Finalmente, con el arribo de la corte portuguesa (1808) se establecieron en la capital nuevas instituciones de cultura.

Entre las gentes educadas de la América hispánica hubo mucha afición a la lectura. En el Brasil, por ejemplo, los libros suplían la falta de universidades: no se advierte diferencia sustancial de cultura entre los súbditos de la corona de Portugal y los de la corona de España, si se exceptúan los dos grandes centros que fueron Lima y México. Las listas de obras remitidas de Europa a los libreros de las colonias abarcan la

mayor variedad concebible de títulos y asuntos; las cantidades eran extraordinarias: así, en 1785, una sola remesa de libros recibida en El Callao, el puerto de Lima, sumaba 37 612 volúmenes. En el siglo XVIII circulaban muchos libros de orientación moderna: la *Encyclopédie*, obras de Bacon, Descartes, Copérnico, Gassendi, Boyle, Leibniz, Locke, Condillac, Buffon, Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Lavoisier, Laplace, se mantuvieron en circulación secreta todavía cuando se les consideró peligrosos y se prohibió su lectura. Junto con el latín, que era el punto de partida de la enseñanza en las escuelas de las ciudades, se leía el italiano, que era adorno común en el siglo XVI para toda persona culta de habla española o portuguesa; en el siglo XVIII se hizo corriente el francés, y después se comenzó a aprender el inglés.

La imprenta apareció, como las universidades, antes de cumplirse medio siglo del Descubrimiento: en 1535 existía ya en México (el libro más antiguo que se conserva es de 1539). En 1583 se establece en Lima.

Durante el siglo XVII, mientras aparece en los Estados Unidos (1638), la imprenta se establece en Puebla, segunda ciudad, por su población, después de México, en el virreinato de la Nueva España (1640); en Guatemala (1641: reaparece en 1660); en las Misiones Jesuíticas del Paraguay y la Argentina —con tipos que los indios guaraníes fabricaban bajo la dirección de los sacerdotes de la Compañía de Jesús (poco antes de 1700); en Santo Domingo, según el bibliógrafo norteamericano Isaiah Thomas (hay pruebas de que existía por lo menos en la centuria siguiente). Después aparece en La Habana (1707), en Oaxaca, de México (1720), en Bogotá (hacia 1738; suspendida en 1742, reaparece en 1777), en el Ecuador (en Ambato, 1754; trasladada a Quito, 1760), en la Argentina (Córdoba, 1764; trasladada a Buenos Aires, 1780), en Cartagena de Indias (1776), en Santiago de Chile (1780), en Guadalajara, de México (1793), en Veracruz (1794), en Santiago de Cuba (1796). Durante los años que precedieron al movimiento de independencia, se instalan imprentas en Montevideo (1807), en Caracas, en San Juan de Puerto Rico (1808), y en Guayaquil (1810).

En el Brasil se estableció la primera imprenta en 1706; el gobierno la suprimió. No la hubo de nuevo hasta 1808, cuando el rey de Portugal se trasladó al Brasil.

En México llegaron a funcionar simultáneamente, en el siglo XVIII, seis imprentas, una de ellas (la de Eguiara) con tipos griegos y hebreos; en Puebla, tres; en Lima, seis.

Los impresos mexicanos de la época colonial, hasta 1821, se acercan a 12 000; los de Lima, a 4 000.

Los primeros periódicos aparecen en el siglo XVII. Desde antes de 1600 se imprimían hojas sueltas, en las capitales de los dos Virreinos, con noticias europeas.

La primera *Gaceta de México* sale en 1667; todavía no se publica periódicamente: aparece de tarde en tarde. En el siglo XVIII se trató de imprimirla con regularidad; sólo se logró durante breves periodos: de enero a junio de 1722, bajo la dirección del sacerdote Juan Ignacio de Castorena (1668-1733), y de 1728 a 1738, bajo la dirección de Juan Francisco Sahagún de Arévalo; le siguió el *Mercurio México*, 1740-1742; finalmente, la última *Gaceta de México*, dirigida por el militar y poeta Manuel Antonio Valdés (1742-1814): duró desde enero de 1784 hasta diciembre de 1809 y la sustituyó, en enero de 1810, la *Gaceta del Gobierno México*, publicación oficial (las anteriores habían sido empresas de particulares), que se mantuvo hasta la terminación del dominio español en el país, en septiembre de 1821.

Guatemala tuvo de 1729 a 1731 su *Gaceta*; con igual nombre aparece allí otro periódico en 1794, dirigido por el jurista Jacobo de Villaurrutia, nativo de Santo Domingo (1757-1833), y sobrevive hasta 1816. En el Perú se inicia la publicación de la *Gaceta de Lima* en 1743; dura hasta 1767; reaparece de 1793 a 1795, luego de 1798 a 1804 y de 1810 a 1821. Hubo además periódicos informativos, antes de la terminación del régimen colonial, en La Habana (desde 1764), en Bogotá (desde 1785), en Buenos Aires (desde 1801), en Veracruz (1805), en Santiago de Cuba (1805), en San Juan de Puerto Rico (1807), en Montevideo (1807), en Guadalajara de México (1809), en Santo Domingo (1821).

El primer periódico cotidiano de la América española es el *Diario Erudito, Económico y Comercial* de Lima, de octubre de 1790 a septiembre de 1793, bajo la dirección del español Jaime Bausate y Mesa; el segundo fue el *Diario de México*, fundado por Villaurrutia (el de la *Gaceta de Guatemala*), con ayuda del historiador mexicano Carlos María de Bustamante (1774-1848); duró hasta 1817.

Merecen atención los periódicos dedicados a la literatura y a las ciencias; fueron los principales: los cuatro que editó en México, entre 1768 y 1795, el sacerdote José Antonio Alzate (1729-1799), que cultivaba la física, la astronomía y las ciencias biológicas; el *Mercurio Volante*, en 1772, del mexicano José Ignacio Bartolache (1739-1790), médico y matemático; el *Mercurio Peruano*, de Lima, de 1791 a 1795, cuyo principal redactor fue el físico y naturalista Hipólito Unanue (1755-1833); el *Papel Periódico*, de La Habana, de 1790 a 1804; *Primicias de la Cultura de*

*Quito*, en 1791, dirigido por Francisco Eugenio de Santa Cruz Espejo (1747-1795), médico de saber enciclopédico; el *Semanario de la Nueva Granada*, de Bogotá, de 1808 a 1811, dirigido por el sabio físico y naturalista Francisco José de Caldas (1771-1811).

La ciencia que trajeron los europeos al Nuevo Mundo fue la del Renacimiento, en la cual se combinaban restos de la Antigüedad y de la Edad Media con resultados de investigaciones nuevas. El Descubrimiento de América es, precisamente, una de las causas de la renovación científica. Es en América, ante todo, donde los europeos se ven obligados a modificar y ensanchar sus conceptos en astronomía, en geografía física, en zoología y en botánica. En la metalurgia, que tanta importancia adquirió entonces, hubo en América innovaciones técnicas como el nuevo modo de beneficiar la plata. Después del siglo XVI hay poca actividad hasta fines del siguiente, cuando empiezan a llegar de Europa las doctrinas de la ciencia y de la filosofía propiamente modernas, representadas por Copérnico, Galileo y Descartes. En el siglo XVIII hay extraordinario interés en la ciencia, y en todos los países de América aparecen hombres dedicados a su estudio, que leen cuanto se produce en Europa y hacen trabajos que fueron contribuciones útiles para la constitución de la ciencia moderna, especialmente observaciones astronómicas y geográficas como las de Joaquín Velázquez de Cárdenas y León (1732-1786) y Antonio León y Gama (1735-1802) en México, observaciones físicas como las de Caldas, clasificaciones y descripciones de plantas y de animales: son particularmente notables las del mexicano José Mariano Mociño (c. 1750-1821). Durante el último periodo del régimen colonial, muchos hombres de ciencia europeos, desde el francés La Condamine hasta el alemán Alexander von Humboldt, se trasladan a América, y su influencia es muy fructífera. Son dignas de mención, además, las grandes expediciones de investigación científica costeadas por la corona de España. La arqueología de las culturas indígenas de América se inicia entonces, y su principal monumento es la *Historia antigua de México* (1780-1781), del P. Francisco Javier Clavijero (1731-1787).

Obra muy notable para su tiempo es también el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, en seis volúmenes (Madrid, 1786-1789), del ecuatoriano Antonio de Alcedo (1735-1812); se tradujo al inglés (Londres, 1812-1815).

Entre los conquistadores, exploradores, funcionarios del gobierno y sacerdotes encargados de la evangelización de América, muchos se dedicaron a describir las tierras nuevas y a contar sucesos que en ella ocurrían, comenzando desde Colón con su diario de navegación y sus cartas. A veces el conquistador es poeta, como Alonso de Ercilla (1533-1594), que relató en su poema épico *La Araucana* las luchas entre los españoles y los indios de Chile. Después, gran número de escritores españoles y portugueses residieron en América durante los siglos XVI y XVII: los más eminentes fueron el novelista Mateo Alemán, iniciador de la novela picaresca española con su *Guzmán de Alfarache*, el dramaturgo Tirso de Molina, creador de Don Juan, y el historiador portugués Francisco Manoel de Melo.

Desde mediados del siglo XVI empiezan a aparecer escritores nacidos en América, y para fines de la centuria hay centenares. Unos son hijos de matrimonios de europeos; otros, descendientes de indios, o mestizos de indio y europeo. De los mestizos, el más notable es el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), uno de los mejores historiadores con que cuenta la literatura castellana: su obra *Comentarios reales* es cuadro admirable de la civilización de los Incas y dramático relato de la conquista del Perú y de las posteriores luchas entre los conquistadores. Son también historiadores distinguidos los indios mexicanos Hernando Alvarado Tezozómoc (c. 1520-c. 1600) y Fernando de Alba Ixtlilxóchitl (c. 1568-c. 1648). Mestizos eran el historiador neogranadino Lucas Fernández de Piedrahita (1624-1688) y el escritor cuzqueño Juan de Espinosa Medrano (c. 1640-1682), fino crítico de literatura y autor dramático. Entre los descendientes de europeos se cuentan el obispo ecuatoriano Gaspar de Villarroel (c. 1587-1665), los chilenos Pedro de Oña (1570-c. 1643), autor de extensos poemas narrativos como *El vasauro*, de estilo muy florido, y *Arauco domado* (Lima, 1596), primera producción poética de autor nacido en América que se dio a las prensas, y Francisco Núñez de Pineda Bascuñán (1607-1682), que relató su *Cautiverio feliz* de siete meses (1629) entre los indios araucanos; los brasileños Fray José de Santa Rita Durão (1722-1784), autor del poema *Caramurú* (1781), y José Basilio da Gama (1740-1795), autor del poema *Uruguay* (1769), que pintan la naturaleza de América y la vida de los indígenas; los poetas latinistas Francisco Javier Alegre (1729-1788), Diego José Abad (1727-1779) —mexicanos ambos— y Rafael Landívar (1731-1793), que en su hermoso

poema *Rusticatio mexicana* (1781-1782) describe el paisaje y las costumbres de México y de su nativa Guatemala; el dramaturgo brasileño Antonio José de Lisboa (1705-1739), judío a quien quemó en la hoguera la Inquisición de Portugal y a quien se llamaba “el Molière portugués-americano”. Sobresale entre todos los descendientes de europeos el mexicano Juan Ruiz de Alarcón (c. 1580-1639), que se trasladó a Madrid cuando contaba unos treinta y tres años y allí dio a la escena sus comedias; es una de las cuatro figuras mayores del gran teatro español del siglo XVII, con Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón. En sus obras adopta el sistema dramático español de su tiempo, la comedia de la vida común de los nobles y los hidalgos, llamada comúnmente “comedia de capa y espada”; pero él lo matiza con las notas graves de su espíritu reflexivo. Su comedia más conocida, *La verdad sospechosa*, fue imitada en Francia por Corneille en *Le menteur*; y así resulta el antecedente mediato de Molière. Como americanos deben contarse Bernardo de Valbuena (c. 1562-1627) y el P. Antonio Vieira (1606-1697), que vinieron de niños al Nuevo Mundo y aquí se formaron: Valbuena es uno de los poetas más brillantes de la lengua castellana, autor de la novela pastoril *Siglo de oro*, que contiene églogas muy pintorescas, del poema heroico y fantástico *El Bernardo*, comparable con *La reina de las hadas*, de Edmund Spenser, y del poema breve *Grandeza mexicana*, elogio de la capital del virreinato de la Nueva España. Vieira es uno de los principales oradores y maestros de la prosa en portugués: defendió siempre al Brasil contra los abusos de los gobernantes y de los mercaderes venidos de Europa y predicó la abolición de la esclavitud. Las mujeres no estaban ausentes de la literatura: así aparecen, entre muchas poetisas, la monja Leonor de Ovando, en Santo Domingo, la más antigua de todas las cultísimas peruanas Clarinda y Amarilis (sólo conocemos sus seudónimos), y, entre las escritoras en prosa, la elocuente monja de Nueva Granada Sor Francisca Josefa de la Concepción, a quien era costumbre llamar “la Madre Castillo”, según su apellido de familia. La más ilustre es la poetisa de México Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), último de los grandes poetas de la lengua castellana en los Siglos de Oro; escribió poesías delicadamente expresivas de sentimientos de amor o de devoción religiosa, o exquisitamente imaginativas, o ingeniosas, como su célebre defensa de las mujeres (“Hombres necios, que acusáis/ a la mujer sin razón”); escribió comedias y autos sacramentales a la manera de Cal-

derón, villancicos para iglesias –breves representaciones cantadas–, y cartas magníficas, sobre todo la autobiográfica, en que cuenta la singular historia de sus estudios.

Los españoles y los portugueses trajeron a América el drama europeo cuando todavía no abandonaba las formas de la Edad Media: representaciones religiosas, alegorías morales, farsas cómicas. A medida que el drama se desarrolla en Europa, sus nuevas formas se transportan a las colonias de España y Portugal. A fines del siglo XVI, las ciudades de México y Lima tenían teatros permanentes, donde se representaban obras, tanto de autores europeos como de autores locales. Con el tiempo, todas las ciudades importantes tuvieron teatros públicos.

La música y la danza europeas, a poco de trasplantadas, producen formas nuevas: canciones y bailes como la gayumba, el zambajalo, la chacona, que fueron adoptadas luego en Europa. Durante los siglos XVI y XVII se cultivaron las formas polifónicas de la música, especialmente en la iglesia; desde alrededor de 1700 se componen óperas en México y en el Perú; en 1750 se organiza la primera orquesta sinfónica (en Caracas). El grupo sobresaliente de compositores es el venezolano del siglo XVIII: en él se distinguieron el P. Pedro Palacios Sojo, Lino Gallardo y José Ángel Lamas.

Distingue a la época colonial el florecimiento de las artes plásticas. Desde temprano vinieron a América arquitectos, escultores y pintores de España y de Portugal, a veces de Italia, o de Francia, o de Flandes, que practicaron y enseñaron técnicas europeas. Se formaron con el tiempo grandes grupos o escuelas de artistas, y fueron muy activas las de México, Puebla, Guatemala, Bogotá, Quito, Lima, el Cuzco, Potosí, y en el Brasil, San Salvador de Bahía, Recife de Pernambuco, Ouro Preto, Río de Janeiro. El trabajo fue cuantitativamente enorme: millares de iglesias, de edificios oficiales, de palacios y casas de particulares, centenares de fortalezas, de puentes, de fuentes públicas, millares de cuadros religiosos, para las iglesias y para las familias, centenares de retratos, centenares de estatuas policromas.

Buena parte de estas obras son de alta calidad artística. Es asimismo importante el esfuerzo de las artes industriales, especialmente los muebles, los tejidos y bordados, la alfarería, la orfebrería, los trabajos en hierro y en bronce. Tanto en las vasijas de barro y en la vajilla de metal

como en las alhajas, por ejemplo, se mantiene hasta nuestros días la herencia de la época colonial, y hasta en formas artísticas como las calabazas (júcaras y mates) y las cajas de madera pintadas.

Entre los pintores se señalaron, en México, los miembros de las familias Echave y Juárez, Juan de Herrera, a quien llamaron "el divino", como al poeta español de igual apellido (siglo XVII), y Miguel Cabrera (1695-1768), en Bogotá Gregorio Vázquez de Arce (1638-1711), en Quito Miguel de Santiago († 1673), en el Cuzco Juan Espinosa de los Monteros (siglo XVII), en Charcas Melchor Pérez de Holguín (siglo XVIII); entre los escultores, en Guatemala Alonso de La Paz (1605-1676), en Quito el Padre Carlos (siglo XVII), Gaspar Zangurima (siglo XVIII) y Manuel Chillí, a quien llamaban Caspicara (siglo XVIII), y en el Brasil Antonio Francisco Lisboa (1730-1814), llamado "el Aleijadinho" (el mutilado), que fue además gran arquitecto.

La arquitectura de tipo europeo aparece en los países dominados por España poco después del Descubrimiento. En los primeros edificios, los de Santo Domingo y Puerto Rico, se combinan las formas de la Edad Media (la estructura es ojival) con las del Renacimiento (sobre todo en las portadas), con arcos de medio punto; es el "estilo isabelino", que corresponde a la época de Isabel la Católica. A veces hay reminiscencias del arte mudéjar. Sucede al estilo isabelino el plateresco, así llamado porque su ornamentación hace pensar en joyas labradas por plateros; después durante breve tiempo, el severo estilo clasicista al modo de Herrera, el constructor del Monasterio del Escorial en España: a este estilo pertenece la Catedral de México, el más imponente de todos los monumentos de la época colonial (inaugurada en 1656). Entrado ya el siglo XVII, se adopta el estilo barroco: estilo menospreciado después, pero ahora plenamente rehabilitado por autores como Wölfflin y Sitwell.

Desde alrededor de 1600 los arquitectos son, en su mayor parte, nacidos en el Nuevo Mundo, y acaban por desarrollar formas estilísticas originales. En el siglo XVIII, y en México sobre todo, el barroco avanza hacia complicaciones distintas de las que se imponían en Europa, y se produce el ultrabarroco (designación reciente que sustituye a la inadecuada de churrigueresco). En las complicaciones del ultrabarroco de América se mantienen definidas las grandes líneas estructurales, y sólo en las porciones ornamentales hay profusión. Son muchas las construcciones de grande importancia artística. En opinión de un crítico

europeo, cuatro de las ocho obras maestras de la arquitectura barroca en el mundo se hallan en América: el Sagrario de la Catedral de México, el Colegio de los Jesuitas en Tepotzotlán, el Convento de Santa Rosa en Querétaro y la Iglesia de San Sebastián de Santa Prisca, en Taxco. Con el tiempo, este estilo americano refluyó sobre España, y así lo señalan críticos españoles como Enrique Díez-Canedo y Juan de la Encina. Además, como estilo local, apareció en Puebla y se extendió a la comarca circunvecina el estilo talaveresco, que adornaba con azulejos multicolores las fachadas de los edificios.

Por fin, en las postrimerías de la época colonial llega de Europa la reacción clasicista del siglo XVIII, el estilo comúnmente llamado neoclásico: uno de sus mejores ejemplares es la Iglesia del Carmen (1802-1807), en Celaya, obra de Francisco Eduardo Tresguerras (1745-1833), que antes había dirigido la construcción de Santa Rosa en Querétaro.

Mientras en los países de habla española se creaban formas originales, en el Brasil se mantuvo siempre el carácter portugués en la arquitectura, salvo una que otra innovación de detalle, y se construyeron edificios de fino carácter barroco, especialmente en Bahía, Olinda y Recife de Pernambuco, Río de Janeiro y Minas Geraes.